

MARTES 20 DE NOVIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 78.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

MEJOR ESTÁN EN BOMBAY

Bajo este título publica «La Correspondencia Militar» un grabado en el que representa á los maestros de instrucción primaria de la provincia de León, por algunos esqueletos vestidos de harapos entretenidos en comerse el resto de la asquerosa carne que queda á sus menguados cuerpos.

¡Mejor están en Bombay! ¡Cuánta verdad y cuánta tristeza encierran estas palabras puestas sobre el cuadro que hemos reseñado: entre morir rápidamente como la peste mata y vivir largos años entregados á las mordeduras del hambre, al desprecio social, al olvido por parte de todos, á la imposición del castigo que no paga nunca pero manda siempre, es cien veces preferible la muerte á la vida.

En la tumba no se come y se está en la absoluta tranquilidad de la materia separada del espíritu; es el único sitio en que el maestro de escuela español consigue la igualdad con los demás ciudadanos.

Aquí donde tanto se nota la falta de instrucción y donde tanto se carece de la necesidad de adquirirla á todo trance, como medio único de lograr la ansiada regeneración, no concebimos la figura del maestro de escuela sin pensar en costillas faltas de la cubierta protectora de la carne, en pómulos pronunciados, predicando padecimientos continuos, en los bostezos de hambre, en súplicas de limosnas, en peticiones del pan necesario para subsistir.

El presupuesto de instrucción primaria es la vigésima parte de lo que debería ser, se hace efectiva una vigésima parte de lo presupuestado, y la consecuencia natural es que España retroceda en vez de adelantar por el camino de la cultura.

Naciones existen, entre ellas la francesa, que no solamente atienden en primer término á cargas ó atenciones de la instrucción dentro de su territorio, sino que premian con subvenciones permanentes á aquellos profesores que se establecen en el extranjero y propagan con el idioma la historia y las costumbres francesas, el amor á la Francia, á esa nación que fia su ennoblecimiento á los esfuerzos de la inteligencia.

En Valencia, como en otras ciudades hay colegios franceses subvencionados por la nación, con dos mil francos anuales: ¿qué les parece la noticia á esos infelices maestros rurales que tienen asignada y no cobran la estúpida pensión de trescientas pesetas por cada trescientos sesenta y cinco días? ¿cómo han de dar ciencia si no comen? ¿los campos esquilados producen fruto sin el apoyo de abono? ¿es que se han llegado á creer que entre el cerebro del maestro de escuela y su estómago no existe relación alguna?

¡Tan difícil como es la misión del maestro y tan poco como nos preocupamos de ella! Instruir á un niño es servirse de sus disposiciones naturales, de su temperamento, de su sensibilidad, para modificarle, formándole tal y cual se desee.

¿Puede el maestro español llegar hasta ese fin con los medios que se le proporcionan, ó mejor dicho, que se le prometen y no se le dan?

Todo plan de enseñanza que no se apoye sobre una instrucción primaria bien meditada y un magisterio cuya retribución, siendo suficiente para las necesidades de la vida le libre de preocupaciones diarias que aniquilan la inteligencia y matan la voluntad, será un plan inútil, porque el hombre, dotado de flexibilidad en el primer periodo de su vida, es fácil de enderezar; pero recubierto después por la dura corteza de sus pasiones y vicios, la dirección torcida así definitivamente queda, sin que contra ella pueda prevalecer el efecto de tardíos consejos que impresionan por un momento para ser después por siempre olvidados.

¡Cuánta verdad encierra el grabado de «La Correspondencia Militar»!
Mejor están en Bombay.

F. Lagaria

DE MADRID Á MURCIA

La reunión de las mayorías

Con una buena concurrencia de diputados y senadores se verificó ayer la reunión de las mayorías en la presidencia del Consejo, pero si bien reinó cordialidad se notaba una gran frialdad en todos los semblantes, como precursora de próxima muerte.

En los discursos pronunciados por los Sres. Azárraga, Silvela y Villaverde se determinó de una manera clara la nota de que el partido conservador era cosa fracasada; todos los esfuerzos se dirigieron á recabar de los diputados la unión y el apoyo en las sesiones del Parlamento, de donde ven venir la muerte, y por eso el Sr. Silvela en todo su discurso no ha tirado más que á recoger la jefatura del partido, que le disputa Villaverde.

Los aplausos al final de los discursos, no se prodigaron lo bastante para satisfacer á los Sres. Silvela y Villaverde, que de soslayo se miran, y según los trabajos que se continúan haciendo por algunos diputados, pronto hemos de ver sorpresas en el Congreso, sino abortan antes en el Senado, donde también se trabaja mucho de zapa.

La minoría liberal

Esta tarde á las tres se reúne con los suyos el Sr. Sagasta.

Dicen sus íntimos que hablará claro y anunciará ruidosa campaña de oposición pero estas cosas ya no engañan á nadie. Sabemos que hay una gran distancia entre el Sagasta que dice y el Sagasta que piensa, siempre ha sido igual. Sin embargo, como por la presente vé que Gamazo tira á ayudar á Silvela para lograr que no suba al poder, puede ser que sienta necesidad de gobernar y se decida á cambiar el *ama mediocritas* de su tertulia de comedor, por la vida agitada de la presidencia del Consejo.

Dicen los íntimos del viejo pastor que en su discurso de esta tarde, Sagasta hará suyas las conclusiones de la Asamblea de Zaragoza, pues así está convenido entre Moret, Paraiso y Alba, y nada de extrañar fuera que de ser llamado al poder el partido liberal figurara en el ministerio algún elemento de la Unión Nacional.

Lo cierto es, que esto no puede continuar así, y por más que nada puede esperarse de los ofrecimientos de D. Práxedes, por aquello de que no tiene palabra mala ni obra buena, ni hay otro partido constituido que pueda formar gobierno, más que el liberal; todo lo demás son fracciones sin llegar á entenderse, y por consiguiente sin condiciones de gobierno.

Esperemos á ver, lo que dice el viejo Sagasta y lo que hacen los liberales en las Cámaras, para deducir si es realidad toda esa bravura que se predica ó pura comedia para engañar á los tontos.

19 Noviembre 1900.



FLORIDABLANCA

D. José Moñino, conde de Floridablanca, fué aquel ministro que aconsejó á Carlos III declarara independientes las colonias españolas de América, reservándose España prerrogativas comerciales que fomentarían grandemente la riqueza nacional y conservando siempre el prestigio sobre aquellos territorios, cuyos naturales nunca dejarían de demostrar agradecimiento y adhesión á la madre patria; y también el que se opuso á la ayuda que Francia y España presta-

ran á la América del Norte, cuando ésta peleaba contra Inglaterra en pró de su independencia; «por que la libertad de las colonias anglo-sajonas re portaría funestísimas consecuencias para el porvenir de España».



Por solo estos hechos presentásemos hoy el conde de Floridablanca como un hombre de grandísima inteligencia, de esos que con su prodigiosa clarividencia adivinan las consecuencias inevitables de ciertos hechos, presentándose también como un gran patriota, cuyo principal pensamiento consistía en procurar el engrandecimiento y el bien estar de su patria.

Y si tan insigne estadista estaba ó no acertado en sus consejos dígalos la historia de España del primer tercio y postrimerías del siglo XIX.

El conde de Floridablanca nació en Hellín (Albacete) el día 21 de Octubre de 1728, de padres linajados, pero de escasa fortuna, quienes le hicieron estudiar la carrera de Leyes.

Terminada esta y transcurridos varios años, que Moñino dedicó al ejercicio de su profesión, ganando un gran renombre como juriscónsulto, fué presentado al ministro marqués de Esquilache, quien reconociendo en él el talento que atesoraba y sus excelentes cualidades de abogado, le conservó á su lado, nombrándole al poco tiempo fiscal de lo criminal en el Supremo Consejo de Castilla, cargo en que se colocó á la cabeza de los juriscónsultos de su época. Desempeñando tan alto puesto se hallaba cuando recibió el encargo de redactar, en unión de Campomanes, el informe que había de dar el Consejo al acuerdo de la expulsión de los jesuitas, y tan satisfecho se mostró Carlos III de la obra de Moñino y Campomanes, que recompensó al primero con el cargo de Embajador de España en la Santa Sede, para el que le creía muy apropiado. No se equivocó en sus opiniones el tercero de los Carlos, pues no solo consiguió Moñino que Clemente XIX suprimiera la Compañía de Jesús, sino que arregló otros asuntos pendientes en el Pontificado, desde hacía mucho tiempo sin resolver por referirse á derechos de la Iglesia y del Trono.

Tan valiosos servicios los recompensó Carlos III concediéndole á Moñino el título de conde de Floridablanca y nombrándole su ministro poco tiempo después en 1779.

Más de un siglo ha trascurrido desde que el conde de Floridablanca ejerció el alto puesto de primer ministro de la corona, y sin embargo patente está en la mente de los españoles lo mucho que le debe España á tan ilustre hijo, modelo de diplomáticos, de estadistas y de patriotas.

Gracias á sus iniciativas y á sus gestiones se enriqueció nuestra patria con caminos, canales y puertos que fomentaron el comercio, la industria y la agricultura, con la fundación de diversas sociedades científicas y literarias del Banco de San Carlos y de la Compañía de Filipinas, y á él se debe también la formación del primer diccionario geográfico de España, la de un censo de población bastante completo, la negociación de beneficiosísimos tratados de comercio, el aumento que en su época tuvo la renta de Aduanas mediante la libertad de comercio con las colonias de América y la protección entonces dispensada á los centros científicos y de enseñanza, debido á lo cual adquirieron gran desarrollo las Ciencias, las Artes y las Letras.

También fué Floridablanca ministro de Carlos IV, quien obediendo á intrigas de su esposa le destituyó y procesó.

Abuelto y libre, se retiró á su pueblo natal de donde no volvió á salir hasta que la patria reclamó su concurso para formar parte de la Junta nacional de defensa creada en la época de la invasión francesa.

Entonces se trasladó á Sevilla, donde falleció el 20 de Noviembre de 1808 á consecuencia de la agravación de sus achaques por las molestias del viaje realizado.

Hernando de Acevedo

CUENTO POPULAR

Lección de astronomía

En una alquería de la Ribera valenciana, habitaba, hace más de un siglo, una familia de labradores, dedicada al cultivo de un extenso huerto de naranjos. Formaban esta familia un anciano sesentón, dos hijas casadas, una soltera y un mozo de atléticas formas y de entendimiento muy despierto.

La alquería estaba situada en el centro mismo del huerto y sus blancas paredes formaban alegre contraste con el verde color de los naranjos que embalsamaban el ambiente con la fragancia de sus flores y de sus frutos.

Cerca del huerto y en la cúspide de un montículo, poblado de pinaos, había un convento cuyos negros muros se distinguían desde la vivienda de los huertanos.

Los Dominicos que la habitaban solían frecuentar la alquería, gustando mucho de saborear las ricas naranjas que los labradores les ofrecían con fina voluntad.

Uno de los frailes distinguíase de sus compañeros por su carácter expansivo y regocijado; sus chistosas ocurrencias producían la hilaridad de los que le escuchaban, haciéndole familiar y simpático, y aun cuando en algunas ocasiones se propuso infundir respeto, poniendo el semblante muy serio, jamás lo pudo conseguir.

Sus aficiones gastronómicas eran conocidas por los habitantes de la comarca, y en toda ella se complacían obsequiándole con ricas pastas y sabroso chocolate.

Los de la alquería adicionaban al tazón de sococonuso alguna longaniza ó trozo de jamón, curados en casa, que el fraile gustaba de comerse, colocándolos entre dos rebanadas de pan y á bocado limpio, según costumbre del país; pero su mayor deleite hacía consistir en saborear la rica *paella* valenciana.

Había de ella con gran frecuencia, extasiándose describiendo el mejor modo de confeccionarla y enumerando los elementos que á su juicio debían componerla. Para él la *paella* clásica había de tener pollos bien cebados, lomo de cerdo, anguilas de mar, habichuelas tiernas y caracoles de montaña, criados sobre los romeros y los tomillos, arroz muy poco, el suficiente para medio cubrir y dar sabor á la carne.

Una *paella* así condimentada, cocida hasta que el arroz estuviera en su punto, doradito y suelto, extinguida la grasienta melosidad del caldo mediante la acción de un fuego vivo, y comida en la misma sartén colocada sobre los hierros de guisarla, al aire libre, debajo de la parrá ó de la higuera, percibiendo la fragancia de las flores del naranjo, viendo el cielo azul radiante de luz y de belleza, y teniendo cerquita, muy cerquita la panzada bota, para desatragarse con sendos tragos de vino, constituía para el alegre fraile el goce mayor de su existencia.

Con tal entusiasmo hablaba un día de su plato favorito, que contaminó á los habitantes de la granja. Los dueños de ésta le invitaron á comer para el domingo próximo, y el hijo varón le dijo sonriendo:

—Le guisaré una *paella* como no la ha soñado usted, con pechugas y muslos de á media libra, con anguilas pesadas á la orilla del mar, y para obsequiarle, invitaremos á mis hermanas, á sus maridos y á otros amigos de las cercanías.

El día convenido presentáronse los invitados, y antes que todos, el fraile, que deseaba presenciar el sacrificio de las aves y su descuartizamiento, con todas

las restantes operaciones preliminares de la *paella*.

Debajo de la higuera colocaron unos enormes hierros que habían de servir para sostener la sartén, y alrededor de aquéllos, formando órculo, las sillas necesarias para sentarse los comensales.

Cuando la *paella* estuvo cocida, ocuparon sus respectivos asientos, designándole al fraile el de mejor sombra; sólo quedó vacío el correspondiente al hijo de la casa, que era el encargado de trasladar la sartén desde el sitio en que la guisó al elegido para comer. Trájola en alto con pulso seguro para que no perdiera la estabilidad, y la colocó sobre los hierros de modo que las pechugas y los muslos de las aves quedaran frente y al lado del asiento que le correspondía ocupar; en el del fraile solo había arroz y las cabezas y cuellos de los pollos sacrificados.

El dominico percatóse del intento del hijo de la casa, proponiéndose devolverle la burla; para lograrlo discurrió la siguiente estratagema:

—¿No os parece—dijo que el arroz resultaría más sabroso si lo dejáramos enfriar un poco?... Mientras esto sucede, os contaré algo de verdadera utilidad para vosotros; así, es justo que os pague el obsequio de hoy con una lección de astronomía.

Consagráis vuestra vida á la tierra; os beneficia ese sol, que nos acaricia y conforta con su luz y su calor, ó ignorais su manera de funcionar.

A primera vista parece que la tierra está fija y que el sol se mueve girando alrededor de la primera. Todos los días veis salir el astro solar por Oriente y desaparecer por el punto opuesto; en cambio, vuestra alquería, los árboles que la circulan, los montes que limitan el horizonte, ocupan idéntico lugar, y, al parecer, permanecen en la misma estable posición. Así, de seguro, os lo figuráis vosotros, y de ahí la creencia de que el sol se mueve y no la tierra.

Pues sabed, amigos míos, que estais equivocados; quien se mueve es la tierra, que gira, como fascinada alrededor del sol, y éste permanece quieto presidiendo nuestros destinos.

Lo demostraré prácticamente. Figuraos que mi cuerpo, el tronco, ¿eh? no los brazos, es el sol, y la sartén la tierra; mi cuerpo está quieto y con los brazos imprimiendo el movimiento que dió Dios á la tierra; ésta va girando, girando con uniformidad del modo que veis; basta media vuelta, para que comprendáis el sabio movimiento de los astros.

Mientras explicaba la rotación de la tierra, fué dándole vuelta á la sartén hasta colocar frente á sí y en el lugar que le correspondía comer, las pechugas y muslos de los pollos sacrificados, que el hijo de la casa pensó reservarse; é inmediatamente logró su propósito, les dijo: ¿Lo habéis comprendido, verdad? Pues ahora bendigamos á Dios que nos favorece con su misericordia, y á comer en santa paz.

Hizo la acción de bendecir, y antes de que comenzara el rezo, exclamó el hijo de la casa:

—Un momento, reverendo padre; eso del sol y de la tierra; si se mueve ésta y aquel está fijo, es de difícil comprensión para gentes tan incultas como nosotros. Usted tendrá razón, pero á mí no me puede entrar en la mollera, en este momento al menos, que la tierra se mueva y nosotros con ella; si eso fuera verdad, lo notaríamos á todas horas; sin duda usted nos convencerá de nuestro error ampliando más la lección con ejemplos claros y seguros, y yo le agradeceré que lo haga en cuanto concluyamos de comer; pero hasta entonces, ¿no le parece que debemos dejar el mundo cual nosotros lo comprendemos?

Mientras dijo estas últimas palabras volvió á colocar la sartén en su primitiva posición, dejando al fraile admirado y sorprendido de la agudeza de su ingenio, pero no conformándose con su desgracia, y comprendiendo que, con aquel mozo, eran inútiles sus sutilezas, echó por el camino de en medio y le dijo:

—Comprendo tu resistencia á creer en

